

699040

LEGADOS NERUDIANOS

"Yo no voy a morirme. Salgo
ahora
en este dia lleno de volcanes
hacia la multitud, hacia la vi-
da"

Al releer el testamento poético de Pablo Neruda, cuya residencia terrestre terminó el 23 de septiembre de 1973, se comprueba que sus disposiciones no han sido respetadas, al menos en lo grueso y en lo general. Neruda, un infatigable coleccionista de objetos, reunió en sus casas de Santiago, Isla Negra y Valparaíso, máscaras de proa, cunables e incunables, bellisimas caracolas, viejos mesones de estaciones ferroviarias, venenos escondidos en botellas, maniquíes, piedras, juguetes de plomo, afiches, grabados, antiguísimas litografías, frascos de farmacias, que buscó con paciencia y amor en todos los rincones. Era su deseo que de ellos disfrutaran todos los hombres, que manos suaves y ásperas recorrieran los lomos de cuero de alguna edición principie de Lautréamont o Laforgue, palparan los contornos de encina de la María Celeste, "e asombraran ante el prodigo oceánico de la "Olivia Textil" o la "Rosellaria Fusus".... Lo señala de manera expresa:

"Hermano, ésta es mi casa, entra en el mundo.
de flor marina y piedra constelada
que levanté luchando en mi po-
breza".
Ni siquiera fue cumplido su de-
seco de una sepultura salina:

"Compañeros, enterradme en
Isla Negra, frente al mar que cono-
zco, a cada área rugosa,
de piedras y de olas qué mis ojos
perdidos no volverán a ver".
Neruda, sin embargo, reposa en
Santiago, lejos de las profundida-
des que cada mañana gustaba mi-
rar. Y en una especie de atroz
premonición dice de La Sebastia-
na, que hoy se cae a pedazos:

"Hace tres días volví a entrar,
después de una larga ausencia, a

mi casa de Valparaíso. Grandes
grietas herían las paredes. Los
crystallos hechos únicos forma-
ban un doloroso tapiz sobre el pi-
aso de las habitaciones. Los relo-
jes, también desde el suelo, mar-
caban tercamente la hora del ter-
remoto. Cuántas cosas bellas que
ahora Matilde barria con una es-
coba; cuántos objetos raros que
la sacudida de la tierra transfor-
mó en basura".

Pero nada se sabe acerca de
un proyecto de museo, como los
de Goethe, Beethoven o de cual-
quier creador ilustre de Europa,
cuyas mesas, sillas, atriles, minu-
cias cotidianas, resistieron las
guerras, los bombardeos... Hasta
el Hotel d'Almace, la miseria cons-
trucción de la calle Beaux-Arts
de París, en que expiró Wilde,
aún se alza en pie y recibe actual-
mente mil-2 de visitas. ¿Qué des-
tino le esperan a los palos y ve-
las que Carlos Hollander, aquí
mismo en Coronel, introdujo en
crystallos para revivir los barcos
que alguna vez surcaron el Ca-
nal de la Mancha o los vericue-
tos del sur chileno? ¿Qué ocurrí-
rá con el Góngora que compró a
García Rico en Madrid, con las
cartas de Isabelle Rimbaud a su
madre, escritas en Marsella milen-
tras Jean-Arthur agonizaba; con
"Phatheria Mirabilis"; con los vi-
drios azules de México; con el mo-
tor que lancaba los pitazos en la
Araucania de su infancia; con
la tinta verde de sus plumones
que acabará secándose...?

Incluso en sus "Memorias" Ne-
ruda se pregunta por los cinco
mil volúmenes y las caracolas que
"regalé a la universidad de mi pa-
tria" y que motivaron disputas.
Dijo allí:

"Por cierto que han pasado vein-
te años de aquella fecha y nadie
ha vuelto a ver ni mis libros ni
mis caracolas. Parece como si hu-
bieran retornado a las librerías
y al océano".

Y curiosamente, cuando se pen-

saba que su nombre y su figura
se hallaban por encima de ojos
pequeños, de rencores miserios, lle-
garon hasta la redacción de un
diario santiaguino, que publicó
una serie de artículos en su ho-
menaje, cartas ofendidas que cla-
maban por el pronto olvido de
nuestro gran poeta, escarbando
en sus contradicciones, en sus
ideas, hasta en su accionar pri-
vado...

Pero Neruda tenía conciencia
de esa actitud nuestra hacia que-
nes nos han otorgado grandezas y
escribió a propósito de Huidobro:
"Yo he propuesto un monumento
para él junto a Rubén Darío. Pe-
ro nuestros gobiernos son parcios
en erigir estatuas a los creadores,
como son pródigos en monumen-
tos sin sentido". Y también él co-
rre la misma suerte...

Pacián Martínez Elissetche.

La Prensa, Curicó, 29-IX-1982 p.3.

Legados nerudianos [artículo] Pacián Martínez Elissetche.

AUTORÍA

Martínez Elissetche, Pacián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Legados nerudianos [artículo] Pacián Martínez Elissetche.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)